

# EL DESAFIO DEL DIABLO.

## PRIMERA PARTE.

### INTRODUCCION.

Nació Doña Beatriz  
Para monja destinada,  
Mas salió al mundo inclinada  
Y no fué eleccion feliz.

Con demasiado devoto  
Corazon, en su preñez  
Hizo su madre tal vez  
Tan desatinado voto.

Porque fué tal el tormento  
Que antes de nacer la dió  
Beatriz, que se temió  
Por ella, y con fundamento.

Y ella, á impulsos del fatal  
Dolor, á Dios hizo ofrenda  
De aquella azarosa prenda  
De la dicha maternal.

¿Mas por qué á Dios ofrecer  
Lo que otro ha de cumplir?  
¿Quién puede necio! decir  
Lo que otro ha de querer?

Ello es una aberracion;  
Mas ello es cierto tambien,  
Que de estas cosas se ven,  
Y así muchas madres son.

En vez de ofrecer por sí,  
En mal de que bien salieron,  
Por sus hijos ofrecieron.  
¿Tantos malos hay así!

Pero ¡oh lector! felizmente  
En los tiempos que alcanzamos,  
De estos sucesos no hallamos  
Ejemplos tan comunmente.

Aunque tú te acordarás,  
Por vano que hayas el seso,  
Que pasaban con exceso  
Diez ó doce años atras.

¿No era duelo ver un chico  
De seis años enredando  
Por la calle, y ya arrastrando  
Un hábito dominico?

¿O asida á los guardapieses  
De una fresca montañesa,  
Hecha una Santa Teresa  
Una chica de once meces?

Así Beatriz anduvo  
Toda su infancia, así oía  
Las razones noche y día  
Que para el hábito hubo.

Y así pasaron sus bellos  
Y primeros ocho abriles,  
Entre juegos infantiles,  
Sin ver lo que iba tras ellos.

Hasta que al fin una noche  
Lujosamente ataviada,  
Y de flores coronada  
La metieren en un coche.

Ella al mirarse tan linda  
Con errado pensamiento  
Juzga que solo el convento  
Con dicha y flores la brinda.

Y el ser monja no la pesa  
Si siempre ha de ser querida,  
Como cuando recibida  
Fué por la madre Abadesa.

Quedóse en el locutorio  
Su madre y la superiora,  
Llevóla, pues era hora  
A cenar al refectorio.

Allí todas á porfia  
Las madres la acariciaron,  
La dieron y la otorgaron  
Cuanto en gana la venia

Así Doña Beatriz  
Quedó á monja destinada  
Y en el convento encerrada;  
Mas ¿fue dentro de él feliz?

¡Ah! fueron unos tras otros  
Sus dulces años huyendo,  
Nacer en su ánima haciendo  
El deseo y la razón.  
Y huyéronse una por una  
Las deliciosas visiones,  
Las dichosas ilusiones  
Que adoró su corazón.

Sintió dentro de él entonces  
Desconocido, insufrible,  
Un deseo incomprensible,  
Una triste vaguedad,  
Que turbaba eternamente  
Sus oraciones, sus sueños,  
Con recuerdos halagüeños  
De otro mundo y de otra edad.

Del órgano delicioso  
Entre la santa armonía,  
Otras músicas oía  
De mas alegre compas.  
Y de los santos ejemplos  
En las sagradas memorias,  
El germen de otras historias  
Mas seductoras quizas.

Y ella bulliciosa un tiempo,  
Y alegre y entretenida,  
Silenciosa y distraida,  
Y triste á andar empezó;  
Y oculta allá de su celda,  
En un rincón solitario,  
El ídolo en formas vario  
De la libertad amó.

Presentáronse á su ardiente  
Y exaltada fantasía,  
Los gustos á que algún día  
Renunció sin grande afán;  
Y vió con mortal tristeza  
Que ahora los apetece,  
¡Ah! porque de ellos carece,  
Porque vedados la están.

Aquella verde y frondosa  
Ribera fresca de un río,  
Que paseaba en el estío  
De la luna al resplandor:  
Aquella fuente escondida  
Del soto entre los jarales,  
En cuyos frescos raudales  
Su sed templaba y su ardor:

Aquellos anchos balcones  
Sin reja y sin celosía,  
Que allá en su casa tenia  
La calle para mirar:  
Y á través de cuyos lienzos  
Podia tranquilamente  
El tumulto de la gente  
Y el aire libre gozar.

Todos los dulces recuerdos  
De su deliciosa infancia,  
Dorados por la distancia,  
Mas caros á su ansiedad,  
Hervian en su memoria,  
Despertando sus pasiones  
Las primeras emociones  
De su juvenil edad.

Y en la orilla de aquel río,  
Y en redor de aquella fuente,  
Y entre la turba de gente  
Que vía por su balcón,  
Tal vez alcanzaba errando  
Una visión hechicera,  
Cuya sombra pasajera  
Turbaba su corazón.

¡Ay! esclamaba la triste,  
Contristada y dolorida:  
Cuán monótona es la vida,  
Cuán sin gloria y sin placer!  
¿Qué es para mí el universo,  
Si yo cual ave entre redes  
Estoy entre estas paredes  
Condenada á nunca ver?

¿Qué valen las maravillas  
Que Dios sembró por su suelo,  
Si solo alcanzo del cielo  
Un giron escaso y ruin,  
Y el cántico pasajero  
De algún pajarillo errante,  
Que se detiene un instante  
En las ramas del jardín?

Así en el fondo del claustro,  
Donde cautiva moraba,  
Allá á sus solas pensaba  
La olvidada Beatriz.  
Y así corriendo los años  
Se prepara, aunque la pesa,  
A quedar monja profesa,  
Y á no ser nunca feliz.

Mas ¡ay! que oculto veneno  
De estas memorias amargas,  
Prensadas de horas tan largas,  
En la larga soledad,  
En su corazón fermenta,  
Y del corazón brotando,  
Va en su cuerpo germinando  
Peligrosa enfermedad.

Profunda melancolía  
El corazón la devora,  
Víbora desgarradora  
Que con él ha de acabar.  
Y lenta é inestinguible,  
Que sin descanso la deja,  
Fiebre ardorosa la aqueja  
Imposible de atajar.

Hierve en sus venas la sangre,  
Sin alivio de un momento:  
Acosan su pensamiento  
Mil delirios en tropel.  
Asaltan su fantasía  
Mil imposibles antojos,  
Y llanto vierten sus ojos,  
Mas amargo que la hiel.

Las drogas de los empíricos  
No pueden con su dolencia:  
Ninguno logra la ausencia  
De su recóndito mal.  
En vano su ciencia apuran,  
Sus elixires destilan  
En vano, nunca aniquilan  
Aquella fiebre infernal.

¡Pobre niña! consumida  
Por fuego íntimo y secreto,  
Busca en vano un amuleto  
Contra tal desolación.  
Mas en vano los doctores  
Con sus brujas la afligen,  
Si del mal está el origen  
En su ardiente corazón.

¿Quién ocasiona sus lágrimas?  
¿Quién arranca sus suspiros?  
¿Quién ¡ay! tan fatales giros  
A sus desvarios da?  
"Lejos de mí," en los accesos  
Grita de su calentura!  
"Vuestra vista es mi tortura;  
¿Quién de vos me librerá?

Lejos de mí, lejos, lejos,  
Fieros espectros con tocas,  
Que con hipócritas bocas  
Me predicais la virtud,  
Y con fraternales manos  
Me estais preparando un traje,  
Con que mas horrenda baje  
Despechada al ataúd.

¡Lejos! dejadme tranquila;  
Me estais ahogando... dejadme;  
Abrid la reja, aire dadme,  
Quiero el aura respirar..."  
Y así Beatriz diciendo,  
Se desespera y se agita  
Con violencia inaudita,  
Con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre  
La debilita y la estenua,  
Y el hondo letargo atenúa  
De su delirio el ardor;  
Y las madres aterradas  
Conjuran con oraciones,  
De sus horribles visiones  
El tropel fascinador.

Sus padres (que al cabo lo eran)  
Con intento mas humano,  
Otro médico mundano  
Resolviéronse á llevar,  
Y á pesar de los obstáculos  
Que las monjas opusieron,  
Una tarde consiguieron  
Hasta la celda llegar.

El doctor, hombre de graves  
Conocimientos científicos,  
Condenó los específicos  
Y las drogas condenó:  
Y enterado de los síntomas,  
Con la fría indiferencia  
Del oficio y de la ciencia  
Tal plática ocasionó.

EL DOCTOR.

¿Qué edad tiene esa muchacha?

EL PADRE.

Quince años.

EL DOCTOR.

¿Ha profesado?

EL PADRE.

Aun está en el noviciado.

EL DOCTOR.

Pues remedio tiene aún.

EL PADRE.

Decid cuál.

EL DOCTOR.

Uno tan solo;

Si adoptarlo no se quiere,  
Esta muchacha se muere.

LA ABADESA.

Decidnos cuál, y según...

Si no es algún sortilegio  
O algún infernal conjuro.

EL DOCTOR.

Madre, aquí no hay nada impuro,  
Por vida de Barrabás!  
Yo tengo un coche á la puerta;

La vestimos al momento,  
Y la saco del convento.

LA ABADESA.

¡Sacarla, Jesús!

EL DOCTOR.

No hay mas.

LA ABADESA.

¡Sacarla dice! ¡qué audacia!

¡Estrae una novicia!

El rey nos hará justicia;

No será.

EL DOCTOR.

¿Cómo que no?

Enfermo á quien tomo el pulso

Y á quien remedio consigo,

Se salva ó muere conmigo.

LA ABADESA.

Yo haré....

EL DOCTOR (*interrumpiéndola*.)

Quien hará soy yo.

(*Al padre*). Señor mio, ¿tener hija

Quereis ó no? Vamos claros.

EL PADRE.

Sí, sí.

EL DOCTOR.

Pues fuera reparos,

Y agarrad de ese colchon.

EL PADRE.

¿Qué vais á hacer?

EL DOCTOR.

A llevármela.

EL PADRE.

¿Y el poder de la Abadesa?

EL DOCTOR.

Si la chica no es profes,

Nada puede, en conclusion.

Con que asid de esas dos puntas,

O vámonos y que muera.

Y hablando de esta manera

Entre el padre y el Doctor,

Y pesar de todo el claustro,

De su hija Beatriz asieron

Y en el coche la pusieron;

Y las mulas con vigor

Arrancando, les sacaron

De la grito y confusion

Con que el coro de las monjas

A despedirles salió.

Y desde aquí, tras aquesta

Necesaria introduccion,

Toma principio la historia,

¡Oh carísimo lector!

Y esta no es fábula vieja

Hallada en un cronicon;

No es fantástica leyenda

De que soy el inventor.

Es tal cual voy á escribirla,

Del pueblo una tradicion,

De boca de un pueblo oida,

Siendo un viejo el narrador,

Y la cual voy á contarte

Como á mí me la contó.

### I.

En el fondo de un valle,

Por en medio del cual ancha vertiente

Abre á sus turbias aguas un torrente

Honda y torcida calle;

Torrente en el Invierno,

Y arroyo en el Estío,

En Julio despreciado, y en Diciembre

Con honores de rio;

Cercado de peñascos y maleza

Por ambos horizontes,

Y hundido entre dos montes

De fértil aspereza:

En este valle, pues, estas montañas

Poseia don Lúcas de Hinestrosa,

Padre de Beatriz, quinta escondida,

Saludable y frondosa,

Y en el sitio mejor de ambas Españas

Sentada y construida.

En Córdoba la bella,

Ciudad moruna de recuerdos rica,

Cuyas calles estrechas,

Y cuyas casas de ladrillos hechas

El gusto actual critica;

Mas cuya situacion encantadora,

Cuyo nombre halagüeño,

Como memoria de agradable sueño

El Moro aun en el desierto adora.

En aquellas montañas formidables,

Habitadas un dia

Por viejos ermitaños venerables,

Y habitadas primero

Por derviches fanáticos, es donde

Don Lúcas de Hinestrosa

A Beatriz esconde,

Y allí, donde la cándida novicia

El aire y agua saludable goza,

A su novicia enfermedad propicia.

Allí á lo menos, desde la alta cumbre

Libres pasean sus avaros ojos

Estenso campo; y varia muchedumbre

De objetos mil distintos,

De la naturaleza mil antojos

Alcanzan por los mágicos recintos

De aquellos naturales laberintos.

Allí goza del cielo

Cuanto abarcan entrambos horizontes,

Y largo campo del vistoso suelo.

Allí en la estensa vega

Que ancho el Guadalquivir fecunda y riega,

Ve cubrir la magnífica campiña

El apareado olivo siempre verde,

La rubia mies y la fecunda viña,

Y la estendida pita

Sembrada en los vallados,

Y la roja amapola que se agita

Dando aroma y color á los sembrados:

Y las hojas pegadas

De los higos de tuna,

De los lagartos con pasion amadas,

Y de la sorda abeja acariciadas.

Y ve los anchos sotos

Y las verdes dehesas,

Donde encerradas en campestres cotos

Dan crias retozonas y traviesas

Las generosas yeguas cordobesas.

Y ve la hermosa Beatriz pasmada,

Desde aquellos peñascos donde habita,

La poblacion morisca coronada

Por la bella y mas célebre mezquita,

A los ginetes moros conquistada.

Y ve á sus piés en la montuosa tierra,

Teatro un tiempo de azarosa guerra,

Brotar continuamente,

Cercados de silvestres florecillas,

Ya el manantial de rumorosa fuente,

Ya corpulentos robles,

Ya enlazada á las hayas amarillas

Con recios brazos y con nudos dobles

La cariñosa yedra,

Cuya oculta raiz nace en la piedra.

Allí el aire tranquilo se embalsama

Con los gratos olores

Que la feráz frondosidad derrama:

Y se respira pura

El aura salutífera que impregnan

Con su aroma las flores,

Las fuentes con vapores y frescura.

Allí la limpia atmósfera armonizan

Las pasajeras aves

Con cánticos suaves,

Que los sentidos con el alma hechizan.

Allí pasa Beatriz el tiempo breve

De la estacion florida,

Rápida imágen de la corta vida

Que en la tierra habitar acaso debe;

Y allí pasa sus dias á lo menos,

Ya que no entre placeres bulliciosos,

Alegres, y serenos,

Y libres, con sus sueños deliciosos.

Su padre la acompaña,

Y el doctor la visita,

Y en dulce soledad vive sin cuita,

Al mundo entero y al convento estraña.

El oro de don Lúcas de Hinestrosa

Sus caprichos y gustos la previene,

Y con su vida Beatriz se aviene,

Y lejos del convento muy dichosa.

### II.

Apenas anochezia:

La luz apuntaba apenas

De melancólica luna

En una noche serena,

Cuando en sabrosas memorias

Y en ilusiones risueñas

Embebida está Beatriz,

De su alquería en la puerta.

Cómodo sillón la ofrece

La espesa y humilde yerba,

Y el son del aire la arrulla

Que la acaricia y refresca:

Sobre la rodilla el codo,

La frente en la palma puesta,

Sin direccion las miradas

Y sin norte las ideas,

Está en una de esas horas

De misteriosa pereza,

De tranquilidad y calma

En que nada nos inquieta,

Nada nos place ni turba,

Y nada nos interesa;

Ni se sufre ni se goza,

Ni se quiere ni se piensa.

De esta abstraccion melancólica

Que la absorbe las potencias

Y la embarga los sentidos,

Y el ánima la enajena,

Vino á sacar á deshora

Una voz sonora y recia

Que la dijo:—Buenas noches,

Y á la que respondió ella

Con un ¡ay! que á un tiempo mismo

Miedo indicaba y sorpresa.

¡Silencio! el recien venido

Esclamó, y la mano asiéndola,

Dijo: enemigos me siguen,

Pero es preciso que pierdan

Mi rastro, y que yo del monte

Por la espesura me meta.

BEATRIZ.

¿Y qué quereis?

EL HOMBRE.

Un instante

De descanso, por las breñas

Para seguir mi camino,

Y si mis contrarios llegan,

Un rincon en que ocultarme

Mientras pasa la tormenta.

Y así aquel hombre diciendo,

Entró con libre franqueza

En la alquería, y tendióse

Sobre un sillón de vaqueta.

Siguióle Beatriz absorta,

Y entre turbada y resuelta

Sacó un velon encendido

Que puso sobre una mesa.

Y hácia el incógnito intruso

Tendió la mirada incierta,

Mas apartóla encontrando

La suya clavada en ella.

Subióla á entrambas mejillas

El carmin de la vergüenza,

Y quedó ante el forastero

De pié, silenciosa y trémula.

Yo no sé qué es lo que tiene

Una mirada serena,  
Fija, osada y sostenida,  
Que se lanza de la negra  
Pupila de un ojo ardiente,  
Por bajo fruncida ceja,  
Que oculta el camino cierto  
Que aquella mirada lleva,  
Y la intencion que recata,  
Y el sentimiento que espresa  
Cuando sabe uno que está  
Sobre su semblante puesta:  
Pero ello es cierto que á veces  
Esta mirada nos quema  
Con el fuego que despide,  
Y con su peso nos prensa.  
El rostro se nos enciende,  
Los oidos nos chispean,  
Y aunque no nos atrevemos  
Otra mirada á oponerla,  
Sentimos que está en nosotros  
Posada, y el alma inquieta  
Anda recelosa dentro  
Del corazon dando vueltas.  
Tal está la pobre niña  
Haciendo que hace una trenza  
Del cordon del delantal,  
Que en los dedos se la enreda,  
Mientras los ojos del hombre  
Siguen clavados en ella  
Sin apartarse un momento,  
Sin pestañear siquiera.  
¿Qué piensa el desconocido?  
¿Cuál será la consecuencia  
Que de su exámen deduzca?  
¿Será propicia ó siniestra?  
¿Por qué no se desemboza  
Y franco el semblante muestra?  
¿Será deforme ó hermoso?  
Tal vez de un bandido sea,  
Tal vez de un infortunado.  
De ambos quizá. . .! Todas estas  
Preguntas y conjeturas  
Se hace la muchacha, mientras  
La contempla él de hito en hito;  
Mas solucion y respuesta  
Para ninguna en sus datos  
Ni en las palabras encuentra.  
Mas no duró mucho tiempo  
Su zozobra, una tos seca  
Del incógnito, la puso  
A sus palabras atenta:  
Alzó Beatriz poco á poco,  
Y volvió á él la cabeza,  
Y él, que la intencion conoce,  
Y advierte lo que desea,  
Viendo ademas que ya acaso  
A ser descortés empieza,  
Con ella al cabo la plática  
Entabló de esta manera.

EL HOMBRE.

¿Cómo os llamais?

BEATRIZ.

Beatriz

De Hinestrosa.

EL HOMBRE.

¿De esta tierra

Sois natural?

BEATRIZ.

No señor.

EL HOMBRE.

¿De dónde, pues?

BEATRIZ.

Madrileña.

EL HOMBRE.

Buen país para quien puede  
Vivir en la corte.

BEATRIZ.

¿En ella

No habeis nunca estado vos?

EL HOMBRE.

Sí, á fé mia; pero ciertas  
Conveniencias personales,  
Me echaron á las riberas  
Que baña el Guadalquivir.  
Mas decidme, si indiscreta  
No es la pregunta, ¿esta quinta  
Que estais habitando es vuestra?

BEATRIZ.

De mi padre.

EL HOMBRE.

¿Y por qué causa,  
Siendo tan niña y tan bella,  
En la soledad del monte  
Y en sus muros os encierra?

BEATRIZ.

Porque mi salud lo exige,  
Y los doctores esperan  
Que sus aguas y sus aires  
Muy pronto me restablezcan.

EL HOMBRE.

¿Qué mal padeceis?

BEATRIZ.

Ninguno

Ya; tres meses en la sierra  
Me han aprovechado mucho;  
Mi salud casi es completa.

EL HOMBRE.

¿Y quién aquí os acompaña?

BEATRIZ.

Mi padre y un aya vieja,  
Con tres criados que cuidan  
De la casa y de la huerta.  
Aunque esta noche he oido  
Que es muy probable que venga  
Mi hermano Carlos: mi padre  
Bajó á esperarle á la vega.

EL HOMBRE.

Pero vos

No vais, Beatriz, contenta.

BEATRIZ.

Algunos años lo estuve;  
Mas me puse tan enferma  
Despues, que fué necesario,  
Porque allí no me muriera,  
Sacarme del monasterio.

EL HOMBRE.

Y decidme, ¿qué edad era  
La vuestra cuando á él os fuisteis?

BEATRIZ.

Tendria ocho años apenas.

EL HOMBRE.

¿Tiranos padres teneis  
Si en tal proyecto se empeñan,  
Y á ser hoy mi poder otro  
Jamás se lo consintiera!

BEATRIZ.

¿Vos abrazárais mi causa?

EL HOMBRE.

Fuera mala ó fuera buena.

BEATRIZ.

Con mi padre os empeñárais. . . . .

EL HOMBRE.

Y le hablara en buena lengua,  
Tan clara y tan comprensible,  
Que por tenaz que anduviera  
Pronto le convenceria.  
Pero son vanas ofertas,  
Beatriz, porque en este punto  
Yo propio amparo y defensa  
Necesito; mas si un dia  
En trance fatal os viérais,  
O en amarga desventura,  
Y me veis lejos ó cerca,  
Venid á mí; que si un hombre  
Puede con brio ó destreza  
Sacaros de aquel mal paso,  
No ha de faltar quien se atreva.

Esto dicho, el forastero,  
Sintiendo que por la cuesta  
Sube gente á largos pasos,  
Metióse por la maleza.  
Y al cabo de unos minutos  
Asomaron por las cercas  
El de Hinestrosa y su hijo,  
Y en su mula pelinegra  
El Doctor, que ganó un pleito  
Contra la madre Abadesa,  
Y con Beatriz y su padre  
Sincera amistad conserva.

Hubo aquí un punto de pausa,  
Tras del cual, como si hubiera  
Sonado la hora precisa,  
U oido palabra ó seña  
Que aguardara el forastero,  
Alzóse y fuese á la puerta.

BEATRIZ.

¿Ya os vais?

EL HOMBRE.

Sí, más molestaros  
No quiero con mi presencia.  
Nadie hay sobre mi camino,  
Beatriz, y partir es fuerza.

BEATRIZ.

En verdad, señor hidalgo,  
Que á mí en nada me molesta:  
Y si es que no os incomoda  
De padre aguardar la vuelta,  
Pasar en esta alquería  
Toda la noche pudierais.

EL HOMBRE.

Gracias; el sitio á que voy  
Está, Beatriz, muy cerca,  
Y fuera de allí me importa  
Que sorprenderme no puedan.  
Sin embargo, si algun dia  
Mi suerte fatal se trueca,  
Y puedo con libertad  
Pasearme por la tierra,  
Espero volver á veros,  
Si es que me otorgais licencia.

BEATRIZ.

Cuando gustéis; aunque juzgo  
Que es cosa difícil esa.

EL HOMBRE.

¿Por qué?

BEATRIZ.

Porque á fin de Agosto  
A mi convento me llevan.

EL HOMBRE.

¿A vuestro convento?

BEATRIZ.

Sí.

EL HOMBRE.

¿Sois monja, pues?

BEATRIZ.

No profesa  
Todavía, soy novicia.  
Desde mi infancia mas tierna,  
Que así lo ofreció mi madre  
Antes de que yo naciera.

EL HOMBRE.

¿Y vos os vais á ser monja  
Tan solo por su promesa?

BEATRIZ.

Esto ha de ser.